

Traducción y literatura,
una experiencia argentina

Mempo Giardinelli

Traducción y literatura, una experiencia argentina

Por Mempo Giardinelli

Ante todo, quiero agradecer a Roberto Servidio y a las autoridades de la ABGRA por la invitación y la confianza.

Y ante todo, también, quiero redefinir el sentido del título de esta conferencia. Porque la verdad es que cuando me fue encargada, no pensé más que en el posible relato de mi experiencia personal, que no es poca, ciertamente, pero tampoco es ejemplar. En realidad, y a esto lo advertí sólo a medida que preparaba estas páginas, ni la traducción está divorciada de la literatura (ya que es una forma de ella) ni la creación literaria es diversa de la traducción, dado que escribir es traducir sentidos.

Ninguna escritura puede prescindir de esa actitud empecinada del traductor que busca exactitudes donde faltan, y que enciende luces donde no las hay. Y luces muchas veces insuficientes, esquivas, incluso erradas o inútiles, porque lo que al que traduce le importa es tanto el sentido como la precisión, de igual modo que el escritor trasiega sentidos en los diccionarios, porque necesita que su texto brille tanto en la precisión como en el sentido.

Es arduo y complejo el oficio de escribir. Lo es también el oficio de traducir, primo hermano carnal de la creación literaria. Sólo que en otro idioma, que es como decir en un registro paralelo que nunca es otro, tampoco es el mismo y siempre busca ser un equivalente perfecto. Quizás —y yo diría seguro— lo que nos emparenta es que en ambos trabajos somos cazadores de palabras, especie de entomólogos obstinados que infatigablemente corremos tras esas mariposas fugaces que son las ideas que luego se estampan en el papel, o ahora más frecuentemente en los ordenadores.

La creación literaria y la traducción son, también, primas hermanas en el alumbramiento de textos, la parición de libros, volúmenes que pueden ser capaces —si nosotros lo somos— de cambiar a las personas, de influir en los pueblos, de conmover al mundo. Nada menos. Porque ya se sabe que ningún libro, ningún texto hace una revolución, pero no hay revoluciones sin libros. Es imposible el mundo sin textos que lo expliquen. Y los demiurgos de esos textos no son otros que quienes los escriben y quienes los traducen.

De ahí que —siempre lo he pensado, producto de mi ya larga experiencia con traductores— las mejores versiones de mis libros en otras lenguas son aquellas que resultaron del diálogo con mis traductores. Esa conversación lenta, íntima, paciente y reservada entre el autor y el traductor es la única garantía de que un libro, un texto, escrito en un idioma pueda ser leído, comprendido y apreciado en otro.

A esto lo aprendemos todos siendo simplemente lectores. Con los años, a medida que crecemos y leemos, nos es dado advertir que las mejores traducciones de libros que hemos leído en la Argentina, por caso —y pienso especialmente en las traducciones de la gran literatura del mundo que llegó a nosotros durante décadas— fueron producto de los largos intercambios de correspondencia —real o implícita, diálogo secreto y fecundo siempre— entre esos dos actores principales: el autor y el traductor. No sé ustedes, pero yo recuerdo las novelas de William Faulkner traducidas por Juan Carlos Onetti, o el imborrable impacto que me produjo la lectura del *Bartleby* de Melville en la versión castellana de Jorge Luis Borges.

Y es que si el autor, en su lengua, es Dios —para decirlo en el sentido de Creador que los griegos antiguos le daban al vocablo— el traductor lo es también en la suya, porque siendo su lengua diversa, trajina sin embargo el mismo texto, para hacerlo igual y diferente, por único y por funcionalmente omnímodo como es el trabajo de todo dios creador.

En mi caso, como autor, y en ocasiones también como traductor, siempre procuré enhebrar ese tipo de diálogo amistoso y profesional que aúna confianza, comprensión, búsqueda, interacción, y un largo y paciente trabajo conjunto. A distancia física las más de las veces, pero cercanos en el espíritu por la hermandad que se logra en la discusión y el intercambio. Hoy, incluso, cada vez que un libro mío va a ser traducido impongo, en el contrato, la condición de que el traductor deba trabajar conmigo. Conozca o no su lengua, yo quiero, necesito, conversar acerca de sus ideas sobre el libro; sus impresiones me resultan fundamentales, y es más lo que procuro escuchar que decir. Y créanme que el placer intelectual que resulta, para ambos, de esa tarea, es exquisito. Y a mí me ha regalado, además, entrañables amigos/as que hoy tengo en el mundo.

Y es que en ese trabajo conjunto, en ese diálogo, intervienen no sólo la experiencia de cada uno y no sólo la comparación cultural, sino también la pasión perfeccionista que persigue y obsesiona a todo creador.

De manera que ésa es la clave: trabajar a dúo, crear el texto al alimón, o sea conjuntamente, con absoluta seriedad y aplicación pero a la vez casi como jugando. Porque ambos, autor y traductor, van detrás de esa utopía compartida que es la escritura perfecta. El juego más fascinante, delicado y complejo que yo, al menos, he conocido y disfrutado.

Claro está que el resultado de esa conversación no siempre es una comunión consciente. Muchas veces es algo que se va dando de modo implícito, sutil, a medida que el traductor avanza en su versión del texto proveniente de la lengua del autor. Y es lógico que así sea, porque leemos, se sabe, como quien camina, como quien mastica, como quien respira: distraidamente pero interesados; interrogando al texto pero a la vez

entretenidamente; porque necesitamos conocer y saber, desde luego, pero no de manera evidente sino más bien como fingiendo una consciente pasión por el pasatiempo. Que eso también es leer. Porque leer también es pensar como impensadamente. Leer es compensar las horas del trajín diario con un remansado agotamiento provechoso.

Y traducir, bueno, es todo eso mismo, pero además universalizándolo —vaya compromiso, vaya responsabilidad— porque se traslada lo escrito para que sea leído en otra lengua, que es como decir otro temperamento, otra idiosincrasia, o sea otra cultura. Es una transformación maravillosa que, sin embargo, no es arte de magia sino de dominio lingüístico.

No puedo sino ilustrar todo esto que digo con un ejemplo personal. Cuando yo era un niño, en el Chaco, en mi casa, que era humilde pero con una biblioteca bien dotada, había una colección de libros que para mí fue tan preciosa como fundamental: me refiero a la obra completa del gran escritor brasileño José Bento Monteiro Lobato, que fue una de las lecturas más determinantes de mi vida. Creo que eran veintitrés tomos y supongo que estaban en mi casa porque Monteiro Lobato vivió en la Argentina a fines de los años 40, o sea justo en los años cuando yo nací. Aquellas ediciones de la Editorial Americalee estaban traducidas del portugués por un tal M.J.de Sosa a quien nunca pude identificar ni, claro, agradecer. Curiosamente, lo que sé es que después de la edición de las obras completas de Monteiro Lobato en Brasil, él se trasladó a Buenos Aires, donde se convirtió en editor él mismo, y se asoció con Ramón Prieto en la editora Acteón. Allí publicaron otra obra maravillosa: *Las doce hazañas de Hércules*, traducida por Prieto, que era por entonces su socio, amigo y traductor, y yo me permito sospechar incluso que M.J. de Sosa bien puede haber sido un seudónimo de Prieto. La cuestión es que Monteiro Lobato está traducido magníficamente a nuestra lengua, y se sabe que no fue ésa la primera vez que trabajó a la par con su traductor. Ya lo había hecho en 1942 con Benjamín de Garay, también su traductor y amigo hasta su fallecimiento.

Por supuesto en aquel tiempo, mi niñez, yo ni siquiera sabía lo que era el paso de una lengua a otra, y todo lo ignoraba sobre idiomas y culturas, aún tratándose de vecinos como los de Argentina y Brasil. Y eso que yo vivía muy cerca de la frontera. Pero los mundos lingüísticos de entonces eran hartos más distantes que ahora, los préstamos de uso eran muy poco frecuentes y no teníamos, como hoy tenemos, ni Internet ni televisión ni un intenso turismo internacional. Y sin embargo, era obvio para mí que en esas historias abrasadoras de Monteiro Lobato yo tenía un lugar y era un lugar apasionado, y eso gracias a que autor y traductor eran para mí una sola persona, como no podía ser de otra manera pues era una voz única la que sonaba en mis oídos y gobernaba mi joven espíritu.

Ese tipo de sonido, esa ingrátida materialidad de las palabras que migran de un idioma a otro con natural perfección y coherencia, fue el que,

ya de grande, aprendí a identificar en los libros mejor traducidos. Cuando en mi juventud me aficioné, de la mano de Osvaldo Soriano, a la novela policial y el género negro, nuestras conversaciones literarias no sólo frecuentaban argumentos e intrigas sino, y muy especialmente, las estupidas traducciones realizadas por Rodolfo Walsh o Estela Canto, Onetti o Borges, Floreal Mazía o Poli Délano, María Angélica Bosco o el entonces muy joven Ricardo Piglia. Esos debates nos servían también para desdenar las transcripciones mediocres, las realizadas de ocasión y que, inexorablemente, debilitaban las tramas y amenguaban la intensidad y el interés de esta o aquella novela.

Fue ese entrenamiento, digamos, el que me permitió entender años después el sufrimiento de Juanito Rulfo cuando se lamentaba por lo mal traducida que estaba su impactante novela *Pedro Páramo* en Francia y en Inglaterra; y contrariamente, fue eso mismo lo que me permitió apreciar la impecable versión de *Las Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar, traducida del francés al castellano por Julio Cortázar.

Juan Rulfo lo explicaba así: “En Francia los editores pagaron la traducción a tanto por página; luego entonces el traductor se desentendió del autor, trabajó de apuro y ahí tienen el resultado”.

Yo también lo comprobé en más de una ocasión. Algunos de mis libros me resultan hoy extraños en algunos idiomas, y son aquellos que fueron traducidos por personas a quienes no conozco, con quienes jamás cruzamos una palabra, una carta, un *mail*, y son sólo nombres impresos en las páginas legales, que incluso en alguna ocasión supe que eran seudónimos inventados por los mismos editores, para ahorrarse unos dólares. Lamentable negocio, para mí pero también para ellos. Fraudes, en cierto modo, para los lectores. “Y ahí tienen el resultado”, como diría Rulfo.

“El verdadero problema para un traductor no es la distancia entre los idiomas o los mundos, no es la jerga ni la indefinición ni la música; el verdadero problema es el silencio de una lengua... porque todo lo demás puede ser traducido, pero no el modo en que una obra calla, de eso no hay traducción posible”, declara el narrador de Pablo de Santis en *La traducción*, notable novela en la que Pablo va subrayando, sutilmente, que el escritor traduce como el traductor escribe, o sea, en ambos la duda es constante porque procuran encontrar las palabras idóneas, únicas y precisas para desarrollar las ideas, así como la palabra perfecta para cada idea.

Claro que el buen traductor no trabaja solamente con la palabra adecuada, sino que también se exige encontrar el sentido a las expresiones que se nutren de palabras que concurren muchas veces con sentidos plurales, como horizontalmente dispersas cuando se supone que toda idea requiere cierta verticalidad de sentido. Así, el traductor es hoy también un investigador, y no sólo respecto de etimologías sino incluso en cuanto a la historia

que se cuenta, la congruencia del texto, las correspondencias ideológicas de lo que se traduce.

En materia de puro sentido y experiencia, también conocí un caso que me sorprendió. Fue hace muchos años, unos veinte y en Alemania, cuando conocí a Curt Meyer-Classon, un anciano venerable que había sido amigo y traductor de Borges y de García Márquez a la lengua de Goethe. Cuando me lo presentaron, él había traducido ya mi *Luna Caliente* sin consultarme. Claro, yo era nadie y él era un enorme traductor. No podía ofenderme y guardé silencio. Y además muchos lectores me dijeron luego que la versión germana de mi novela era estupenda, y la verdad es que tuvo bastante éxito en librerías. Sin embargo, pasados los años, en octubre pasado y en Frankfurt me encontré con una veterana editora que, recordando aquello y contándome que Curt había fallecido a fines de los 90, me dijo, sin vueltas: “Aquella traducción era mala, era antigua. Hoy tendríamos que mandar tu novela a traducir de nuevo”. ¿Y entonces por qué aquella versión no fracasó?, le pregunté. Porque era Curt, me dijo. Su nombre era demasiado prestigioso y todo lo que él traducía era una garantía.

Espero estar sabiendo decir que la vieja idea del “traductor-traidor” es claramente un sinsentido, y no va más. No es verdad que si el texto “no suena” es por culpa del traductor. Muchas veces los “ruidos” son de la obra original, nomás. O se plantean dificultades insalvables. Vaya uno a traducir a Lezama Lima, por ejemplo, o a Lamborghini... O ciertas frases como “verde que te quiero verde”, o “andá a cantarle a Gardel”, o como me pasó más de una vez con traductores que me pidieron que les explicara qué es eso de “envido y falta envido” o “quiero retruco” como aparece en mi novela *El cielo con las manos*. Y hay más en el repertorio de frases argentinas, como “cantémosle el apio verde” o “poniendo estaba la garza”.

Y qué bueno que acabemos con aquello de “traduttore-traditore”, que suena tan bien en italiano pero no es verdad, porque si había una acusación veladamente estúpida era ésa. Quizás porque imperó en los tiempos, precisamente, en que la traducción no era un arte ni una profesión sino lo que hoy es simplemente una tara del oficio: la mera sustitución de vocablos del idioma original del texto escrito por vocablos de la lengua en que el texto va a venderse de ahí en adelante. Empobrecimiento que no sólo es lingüístico, también lo es literario e incluso ético.

Acabo de comprobar esto con mi amigo Xico Guedes en Portugal. No es un traductor profesional pero sí un excelente lector, un amante de la literatura. Y se metió a traducir mi *Final de novela en Patagonia*, y lo hizo despacito, durante más de un año, palabra por palabra, buceando sentidos, escribiéndome cada semana con decenas de consultas, y así ha logrado una estupenda versión que muchos lectores portugueses hoy agradecen. En cambio, años atrás en Suecia o en Corea, traducida a tanto por

página y velozmente, y en cierto modo a mis espaldas, mi novela *Luna Caliente* pasó, se diría, de noche e inadvertidamente.

Y es que la traducción, en tanto escritura literaria ella misma, exige no sólo concentración laboral sino adentramiento en el espíritu del texto. En la República Checa mi traductor Jan Mattus produjo una versión de mi *Luna Caliente* que obviamente yo no he sabido leer. Pero confié en su versión a partir de una consulta para mí exquisita: en un momento del texto hay una referencia a una canción infantil típicamente argentina. Fue todo un tema de debate: si él traducía literalmente la canción argentina, que no tenía el menor sentido para los lectores checos, o si, mejor, incluía una canción popular checa, aproximadamente igual en su sentido a la canción argentina. Es obvio que estuve de acuerdo con esta segunda opción.

El buen traductor, entonces, no es sólo el que reproduce las palabras, oraciones o páginas con mayor o menor exactitud. No es el que solamente domina el cambio del texto de un idioma a otro. El buen traductor es el que *comprende* el texto y entonces lo escribe —renovada epifanía— creando así un nuevo texto, único, mismo y diferente.

Muchísimas gracias.